

## **“Talleres grupales”**

**Lic. María Elina Mantilla**  
**Licenciada en Psicología**  
**Integrante del IAB área asistencial y**  
**Preventiva.**  
**Acompañante terapéutico.**

Al finalizar su tratamiento grupal de varios años, una paciente concluyó: “Vine acá porque tenía un gran problema con la comida; con el transcurso del tiempo me di cuenta de que en realidad lo que yo tenía era un gran problema en las relaciones con las personas. Y por eso, el grupo me ayudó”

El trabajo que llevamos a cabo como equipo se centra en la singularidad de cada paciente; y, además, en la red vincular en la cual se integra. Cada proyecto cotidiano (como el armado de una fiesta de cumpleaños o la elección del lugar de vacaciones, etc.) es traído al grupo cuando genera angustia; y es compartido desde la confianza y el sostén que el grupo ofrece.

El sentimiento de pertenencia, la cooperación en el sostenimiento del tratamiento del compañero actúan como factores facilitadores para la puesta en palabras de sensaciones y sentimientos propios. En los primeros momentos del trabajo clínico, se observa la modificación de situaciones estereotipadas; el grupo funciona como elemento potenciador del tratamiento y permite avanzar más eficazmente en el tránsito de la enfermedad física hacia el conflicto psíquico.

Las consignas propuestas a las integrantes del grupo son orientadas al almuerzo y la merienda compartida, coordinadas por el acompañante terapéutico; cada participante se sienta a la mesa, mira escucha y permanece frente a otro, pudiendo captar a través de los comentarios de sus pares - sumado a las indicaciones del profesional - lo que le retorna desde la mirada del otro.

Comer en un contexto que sostiene un ritmo adecuado y regular, respetando las normas sociales y los ritos propios de nuestro contexto cultural, hacen del acto alimentario algo menos temido, paulatinamente más placentero y, sobre todo, cotidiano y simple, no exento del juego y del humor.

El acompañante terapéutico regula los espacios en la mesa, los tiempos de inicio y fin de cada actividad; flexibiliza el conflicto con los modos de comer y beber, y aporta tranquilidad y confianza en el vínculo. Los límites pueden funcionar como separadores; pero, también, como factores de integración y moldeamiento de un espacio compartido. En la labor grupal, la voz, la mirada, los sabores, las temperaturas, los olores y sus diferentes matices puedan integrarse en un dispositivo encuadrado.

En una segunda parte, la propuesta, se vuelca a actividades concretas con consignas precisas. Éstas dan lugar a emociones, sensaciones y sentimientos a partir de un estímulo disparador: música, imágenes, textos literarios, artículos de revistas (que muchas veces los mismos integrantes proponen) que son volcados al grupo en un procesamiento compartido.

La programación y reprogramación de las actividades cotidianas de cada paciente también se despliega como una consigna de trabajo; cada integrante colabora con los otros para armar sus días con un ritmo estable, incluyendo las indicaciones del enfoque interdisciplinario.

Más allá del tiempo del encuentro, las redes de interacción con los profesionales se van armando a través de llamadas telefónicas que continúan, por otros medios, la misma tarea: consultar cuáles son los problemas específicos que las van aquejando. La labor compartida y la palabra de una compañera resultan organizadoras y estructurantes, lográndose importantes avances en el tratamiento. El trabajo grupal pone así en juego tanto procesos de integración y de identificación como de elaboración y de simbolización.

Al mismo tiempo, proponemos realizar actividades que estimulen las capacidades sublimatorias; así, entonces, se les presentan consignas relacionadas con el arte, la literatura, el dibujo y el trabajo corporal. En este dispositivo se descubren nuevos recursos y capacidades de creación, propicias para los diversos ámbitos en los que se desenvuelve cada participante del grupo en su vida cotidiana.